orden de siempre, como si todavía hubiera que sentarse para comer, como si la persistencia del rito pudiera reemplazar lo derrumbado. Ocupé mi puesto. Mi madre dijo:

—Lávate, ¿de dónde vienes tan sucio?

Mi padre me miró. No me levanté. No contesté. Comí lo que había en mi plato.

NOTAS DE ACTUALIDAD

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

PIRAIKON THEATRON

Música de percusión, grave, solemne. Tres instrumentos entran en juego para dar el ritmo regular y unísono: un gong, un platillo colgante y un tambor, gran Kassa. El creador de este acompañamiento musical es Konstantis Kydomatis, discípulo de D. Mitropoulos. Hay penumbra, silencio en torno. Se va creando la atmósfera propicia para la tragedia a representarse. Una rotación pitagórica y el tiempo se superpone. Por un efecto mágico experimentamos —seres en los Andes, del siglo veinte— el mismo asombro que embargaba al hombre griego del siglo de Pericles ante la expectativa de la acción a desarrollarse.

Aparece el coro, elevado, religioso en su andar. Se divide acompasadamente en dos grupos. Desenvuelven el hilo del asunto en un semitono recitativo acompañándose del movimiento de las manos y del cuerpo en general que responde al mismo gesto. Es la gran revelación plástica de la intervención del coro en la tragedia antigua. El acto particular que comentan se hace universal por una perfecta armonía de la expresión psicológica y del ademán que lo refleja. Se diluye por entre las ondulaciones de una tenue danza todo el resplandor intrínseco de la tragedia. Semeja el coro la vitalidad de las cariátides si estas cobraran vida. Como enunciando una plegaria responden a los afectos del alma de la protagonista. Tal recreación es obra del espíritu refinado de Loukia.

La magia de la atmósfera, comprendemos, no proviene de una esfera sobrenatural a la cual nos han trasladado sino que emerge de la raíz misma de nuestro carácter humano, y asimismo de la uni-

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

versalidad perenne de la tragedia griega. El hombre es uno, y la penetración poética de un hecho individual de todos los tiempos.

El mensaje del "Piraikon Theatron" hoy es idéntico al de ayer: mover a compasión, humanizar, como lo dejó expresado la figura sublime del grupo teatral, Aspasia Papathanassiou, espíritu de tanto lirismo como dramaticidad y sutileza en el más cuidado detalle. Lo eterno humano ha sido reafirmado por una armonía del conjunto. obtenido desde el mínimo repliegue plástico a la natural modulación de las voces que recorrieron toda la escala musical. Quedó así latente otra vez, en el espectador, la mayor virtud de la tragedia ática, la virtud de humanizar. El director Dimitrios Rondiris, seguidor de Max Reinhardt, ha sabido realizar este objetivo en su más justo término.

Parece haber compuesto Rondiris la versión cristiana de un Sófocles pentélico y de un Eurípides délfico. Trasciende de la interpretación escénica un sentido de lo humano que nos lleva a sufrir con los personajes y a alcanzar junto con ellos la purificación de nuestra alma. La severa religiosidad helénica, complementada por los coturnos, las máscaras y el altar de Dionisios han sido maravillosamente sustituídos por una estudiada modulación de la voz, por una rítmica gesticulación y plástica armonía en los movimientos de los grupos corales. El núcleo vital del "Piraikon Theatron" lo constituye y trasciende el amor por el cual trabajan sus integrantes. Ese es el nuevo y divino altar de donde surge lo más entrañable de la tragedia ática.

Consciente cada uno de los actores de que el lenguaje a trasmitir no será el de la palabra que no da toda la realidad —la realidad está más allá aún de la palabra—, han dirigido su potencialidad creadora hacia la expresión del lenguaje del espíritu que se revela a través de la mirada, del tono de la voz y del movimiento de los dedos. La mímica y la danza, como en su origen ático, cobran todo su vital significado.

Las obras presentadas singularmente relacionan la historia de Occidente, unificando el espíritu pagano y el cristiano. Sin dejar de ser en un esencia helénicas, son universales, penetran en el tiempo por su contenido. Tanto la *Medea* de Eurípides como la *Electra* de Sófocles están animadas por el sentido único y humano de la justicia. En lo particular están llevadas por el signo fatal del crimen orientado a hacer cumplir lo justo. Es este, más que un acto, un designio que guían las mujeres en reminiscencia de las bacantes que asistían al culto de Dionisios, símbolos del ciclo vital de la naturaleza. Tan cerca de la tierra desde entonces, la mujer conlleva en sí el germen de la vida o de la muerte; la potencia de la fertilidad o de la destrucción. Convirtiéndose en posesa se hace fuerza

abstracta y así será capaz de obrar la vida o la muerte. Como la tierra misma es ella la que da a luz los retoños.

Medea es la representación de esa fureza; conocedora de las artes maléficas, con capacidad para romper las amarras que la ligaban a su familia, los abandona, después de matar a su hermano, para entregarse enteramente al soberbio y cultivado Jasón. Cuando es injuriada la domina la ira y se torna como una bacante en afán de venganza. Mas, ¿cuál es su venganza? No será matar a su esposo. será dar muerte a lo que ella engendró, a sus hijos, con el fin de que en su vejez Jasón sufra el dolor por la injuria cometida al casarse él con la hija de Creonte.

El mal, la muerte cae sobre los miembros de la misma familia que ha soportado la injuria. Ese es el sentido reiterado de la venganza griega y del crimen hereditario. Mayor desgracia y dolor es sobrevivir con el recuerdo latente de los hechos cometidos y sus consecuencias, y así pagar por ellos, que morir bajo la mano vengativa. Esto revela la serena reflexión helénica. Si la muerte desciende sobre el injusto, ¡qué alivio el suyo!

En *Medea* la acción va ascendiendo hasta la expiación supuesta de los crímenes. El ritmo escénico del grupo coral va circundando los acontecimientos hasta la desesperación y la última lamentación del esposo.

En Sófocles todo es sublime. Mesura y equilibrio. Aquí se ha realizado la depuración aristotélica. Lograda en la obra, es transmitida por la interpretación tan elevada y bella del grupo Piraikon. El profundo dolor que conmueve a Electra hasta ver llevado a cabo su plan —la muerte de Clitemnestra que deja en vilo de sufrimiento la vida de Egisto— se cumple en un delineamiento geométrico que se eleva hasta la cúspide de lo dramático y desciende luego hasta la serenidad espiritual. En su estructura externa la obra vendría a representar un triángulo perfecto como el que plásticamente forman las figuras de Orestes y Electra en la escena del reconocimiento.

Inolvidable es esta escena. El ánfora que se hace niño entre las manos de cuna de Aspasia anticipa el instante en que la esperanza se trocará en realidad bajo la forma del ansiado hermano de Electra. Al grito desgarrador ha sucedido el murmurio de hondo pesar y a este la expresión feliz y contenida al reconocerse. Desciende entonces una lágrima por la mejilla de Orestes. Y queda levemente iluminada.

Todo el sentido del eterno femenino lo tiene Electra y de una manera vívida y palpitante lo manifiesta Aspasia Papathanassiou. Ambas se identifican. Su trama interna se elabora en el hondo dolor que llega a ser a nuestros ojos de una pureza que raya en la ino-

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

cencia. La necesidad de hacer justicia se convierte en una venganza a secas, inevitable. Una vez consumado el hecho, se recobra la paz interior.

Aspasia transmite el dolor y la ternura de Electra con todo su ser. Pocas veces un carácter ha sido desvelado con la plenitud e integridad con que lo hace la Papathanassiou. "Se debe hacer la vida en la vida", afirmó, y en ello pone todas sus energías al interpretar su personaje, llevada por ese afán de obrar la vida y en la creencia firme de que "las tragedias pueden dar a los hombres una emocionante humanidad".

COMENTARIOS SOBRE MUSICA

La Sinfónica

Principio por insistir con el mismo tema, traído y llevado sin ninguna suerte: el de la Orquesta Sinfónica de Colombia. Si Santa Cecilia, patrona de muchos músicos, no se apiada de los ruegos que escuchara el próximo pasado 22 de noviembre, me temo que nadie más obrará el milagro de hacer renacer la Orquesta, pues por los lados no tan santos del gobierno las preocupaciones y oraciones se encaminan al logro de otros milagros y soluciones muy importantes que en nada tienen que ver con "el arte de los sonidos".

Dicho esto, creo que queda muy claro que la situación de la orquesta requiere algo cercano al milagro y estos ahora son muy raros. Porque el problema no solo es de dinero, ya que aunque surgiera milagrosamente, hay que considerar que de los ochenta profesores apenas quedará una mitad que no está en condiciones de interpretar decorosamente la mayoría de las obras del repertorio común. Entonces, habrá que conseguir nuevos profesores extranjeros y nacionales, irán y vendrán cartas, ofertas y aceptaciones, y también correrá el tiempo. Y como aún no hay nadie responsable al frente de la orquesta, también se demorarán las decisiones, todo lo cual nos indica que aun cuando ahora algo se hiciese, la orquesta solo podría sonar regularmente dentro de unos seis meses. Pero como lo peor es que no se está haciendo absolutamente nada práctico, hay que aceptar entonces que la Orquesta Sinfónica de Colombia ha muerto. Creo que conviene la desaparición de la actual Sinfónica, y que es mejor pensar ya en la organización de una nueva agrupación en la cual no existan los errores y causas de desintegración. Y aquí creo

Universidad del Rosario | Archivo Histórico